

R. Ames: Tenemos la impresión de que en la búsqueda, aún incierta, de horizontes organizativos que el pueblo vive hoy, en la angustia en que la política económica va limitando sus recursos, se entreve un futuro de empeoramiento que no pareciera tener alternativa. Frente a la gravedad de esta situación, la pura denuncia del sistema económico existente aparece cada vez más como insuficiente para articular la voluntad de los sectores populares con los proyectos alternativos que se proponen.

La mesa quisiera, entonces, contri-

buir a discutir, a dar algunos aportes, necesariamente incompletos e iniciales sobre los principales retos que afronta el diseño de un nuevo orden social en el Perú. El hecho de que los invitados vayan a tocar ángulos que tienen que ver con la historia, con la personalidad del hombre y la mujer peruanos, con la moral, con las aspiraciones de las bases, con la economía y la política, expresa una intuición básica que nos sirvió de punto de partida: En estos años hemos sobervalorado la importancia de haber descubierto la irracionalidad del capitalismo

para nuestro pueblo, hemos creído que ese descubrimiento nos señalaba ya el mecanismo fundamental para la construcción de un nuevo orden social en el Perú. Pareciera que en la vida concreta de nuestro pueblo esta propuesta de una matriz económica distinta es un elemento decisivo, pero es insuficiente para comprometerlo en la construcción de un nuevo orden social.

Es en base a inquietudes iniciales de esta suerte que quisiera dejar la palabra a los participantes en esta mesa redonda.

I. Cuestiones centrales en una propuesta de futuro

A. Flores: Una de las cosas más difíciles de sobrellevar en la crisis que estamos viviendo es la ausencia de una dimensión de futuro en la sociedad peruana. La falta de alternativas es algo que la derecha reprocha a la izquierda. Y esa necesidad de una alternativa no es sólo la respuesta a corto plazo a una cierta política económica, sino que debe ser la construcción de una gran utopía, en el mejor sentido de la palabra, es decir, un modelo alternativo, no sólo a cierto tipo de problemas económicos inmediatos, sino al conjunto de problemas que arrastra desde mucho tiempo atrás la sociedad peruana. Esta alternativa debe ser una construcción del pueblo y me parece por eso pertinente tener en cuenta las aspiraciones y expectativas populares. No debe ser, de ninguna manera, la elaboración de un grupo de personas; en realidad sólo podría ser vigente en la medida en que se convierta en un mito que haga vibrar y luchar a las multitudes, porque desde sus inicios comience a dar un sentido mayor a sus vidas.

Creo que, en la reflexión sobre estos temas, hay que tener en cuenta el hecho de que una serie de deformaciones de esta sociedad arrancan desde ese profundo corte histórico que fue la conquista del Perú: significó la primera gran avalancha de occidente; no sólo de una economía, sino de una forma de civilización y una cultura sobre el mundo andino. Lo paradójico del Perú es que, a diferencia de otras sociedades —uno puede pensar en Argentina o en Chile—, las sociedades tradicionales no fueron arrasadas por el mundo occidental. Y se desató, del siglo XVI en adelante, una difícil convivencia, conflictiva, dura, entre el mundo andino y el mundo occidental.

En alguna medida, estos problemas

fueron planteados en la sociedad peruana al terminar el siglo XVIII y comenzar el XIX, por algunos intelectuales que no arribaron a diseñar una alternativa cabal a la sociedad colonial. Es en parte por eso que la independencia acaba siendo una revolución frustrada. Nosotros estamos acostumbrados a reprochar la debilidad de estos intelectuales del siglo XVIII que fueron incapaces de encarar o de afrontar los modelos coloniales de la sociedad peruana. Pero a estos hombres no les faltaron instrumentos, e incluso tuvieron ideas muy lúcidas. El proble-

ma es que, quizás, las cuestiones que ellos quisieron resolver eran de tal envergadura que acabaron retrocediendo frente a este desafío. Quizás, porque cambiar ciertas cosas en la sociedad peruana del siglo XVIII significaba arrasar con tantas otras, que era difícil postular este cambio. Por ejemplo, a mí siempre me pareció ridículo que no tuvieran el valor suficiente como para apoyar la revolución de Túpac Amaru, pero quizás apoyar la violencia campesina de los Andes en el siglo XVIII significaba arrasar con tanto de lo que el mundo colonial había

Se entrevé un futuro de empeoramiento que no pareciera tener alternativa.



“Un proyecto alternativo debe implicar una revisión de la historia peruana, no debe dar nada por hecho en la historia peruana y, en esa medida, tiene que ser, en el Perú, un proyecto que busque solucionar problemas que se arrastran por lo menos desde el siglo XVI, desde la conquista y la configuración de esta sociedad tal como la conocemos ahora”



Alberto Flores Galindo

creado, que no se atrevían a marchar en esa dirección.

En alguna medida ese Perú de la época de la independencia parece una sociedad sin alternativa, lo que emparenta esa época con la nuestra. Pero tengo la impresión que sería una manera un poco simple de plantear una contraposición entre mundo andino y mundo occidental, y no ver que hay otra serie de elementos y de deformaciones que se han añadido a esta sociedad. Entre esta serie de elementos habría dos sobre los cuales quisiera plantear algunos interrogantes:

El primero sería el siguiente ¿qué posibilidades tenemos nosotros de rescatar ciertos elementos —y esta sería una reflexión que le plantearía a Javier Iguíñiz— desarrollados por las economías andinas tradicionales, en el Perú contemporáneo? Pienso que en el siglo XVI, antes de la llegada de la invasión

española, existía un tipo de economía con rasgos marcadamente autárquicos, básicamente sustentada en el agro y que permitió una acumulación suficiente de alimentos como para sustentar a una población relativamente numerosa para los términos de la época, y además, producir una cantidad suficiente de excedentes. Esa economía comenzó a ser destruída, en todo el sentido de la palabra, del siglo XVI en adelante, porque, entre otras cosas, se introdujo un patrón de relación con la naturaleza muy diferente. Mientras los hombres andinos tenían una relación de complementariedad con la naturaleza, los occidentales introdujeron un patrón de utilización y depredación de la naturaleza, del que es resultado, por ejemplo, el paisaje agrario desolado del Perú: más una creación de los hombres que de la naturaleza. Lo que pregunto es si sería posible recuperar ciertas formas del pasado, poniendo en

cuestión modelos económicos que se introducen a partir del siglo XVI: la agricultura de exportación por ejemplo.

El otro asunto que me preocupa es éste: las sociedades campesinas en el Perú lograron reproducir ciertos elementos de su economía, y junto con eso lograron desarrollar, mal que bien, ciertas posibilidades de autonomía en relación al estado y al orden colonial. La comunidad indígena tenía sus propios fueros, su propio derecho, tanto es así que se hablaba de una República de indios y otra de españoles. Esto comenzó a generar una cierta tradición democrática en estas comunidades indígenas: elección de autoridades, por ejemplo. Ahora bien, ¿en qué medida existen otros elementos democráticos como estos que serían rescatables ahora, en función de pensar un tipo de socialismo no autoritario en el Perú? Porque cuando se piensan las relaciones entre socialismo y democracia, en muchos casos se está pensando en un matrimonio entre la tradición marxista y la tradición liberal. Pero creo que en la misma Europa existían otras fuentes que concebían una idea de socialismo democrático, como puede ser, por ejemplo, la tradición anarquista. Dentro de la sociedad peruana ciertas instituciones formales de la democracia liberal tienen poca vigencia para la mayoría de la población, sobre todo en relación a otro tipo de instituciones más cotidianas, más elementales, más directas, que se han constituido en la historia peruana.

En resumen, diría que, a mi entender, un proyecto alternativo debe implicar una revisión de la historia peruana, no debe dar nada por hecho en la historia peruana y, en esa medida, tiene que ser, en el Perú, un proyecto que busque solucionar problemas que se arrastran por lo menos desde el siglo XVI, desde la conquista y la configuración de esta sociedad tal como la conocemos ahora. En segundo lugar creo que para la elaboración de este proyecto alternativo sería importante rastrear, no sólo qué cosas queremos suprimir de esta tradición histórica peruana, sino qué cosas podemos rescatar. Señalaría dos: por el lado de la economía, cierto tipo de organización de la agricultura, y por el lado de la política determinadas formas democráticas que se han ido formando en las organizaciones populares.

J. Iguíñiz: Creo que la entrada histórica es importante, pero creo al mismo tiempo, que es una entrada de retaguardia, en el sentido de que lo que me parece más característico del Perú es una aspiración de futuro. Es una influencia desde el futuro, expresada en países con los cuales convivimos en la actualidad. El futuro nos viene, no como proyecto

imaginado, sino como experiencia actual de otros seres humanos en otros países. Es un futuro que podemos no desear en términos del proyecto personal que nos parece ideal, que podemos considerar inconveniente en relación con las bases desde las cuales emerge como país y como pueblo, pero que es el elemento más impactante sobre la población, e incluso me atrevería a decir que más que el pasado.

Lo que quiero decir con esto es que una enorme proporción de cualquier cosa que deseemos definir como nueva sociedad, ya existe. Y que una enorme proporción de lo que son las aspiraciones de nueva sociedad del pueblo, ya existen. Con esto quisiera, también, poner en evidencia que partimos de una situación de retraso respecto de lo que ya existe en otros países. Quiero poner esto sobre el tapete, no por contrastar con lo que acaba de decir Alberto Flores, sino porque siento que la realidad de las aspiraciones populares es muy dinámica e incorpora muchos de esos elementos contemporáneos provenientes de otras realidades, para bien o para mal.

Creo que hay una tensión y un contraste. La historia tiene que ser reevaluada con toda claridad, como dice Alberto Flores, para conocernos, para saber con qué fuerzas contamos, para saber qué es lo más importante, para recoger elementos cohesionadores, para delinear trayectorias que nos hagan separarnos, aunque sea ligeramente, de la trayectoria en la que espontáneamente estamos involucrados y en donde ese futuro, ya presente en otras realidades, marca los pasos, es un imán histórico muy poderoso.

Si nuestro proyecto de nueva sociedad implica reducir los dolores de parto del desarrollo, llegar a ciertos objetivos por rutas menos cruentas, menos traumatizantes, evaluar el pasado es decisivo.

Si hablamos de aspiraciones populares, hay que ser conscientes de que en una gran proporción son aspiraciones creadas contemporáneamente, en lo que se refiere a su base material, y recreadas permanentemente por la cultura de la sociedad en la que vivimos. La novedad del progreso material moderno es la que constituye ese imán que alcanza casi todas las áreas de la existencia humana. La originalidad, a mi juicio, no está tanto en la novedad de aspiraciones o en encontrar en el pueblo aspiraciones propias originales distinguibles de las de otros pueblos de América Latina. Creo, por el contrario, que la novedad de una nueva sociedad y del camino para llegar a ella está dada, principalmente, por el esfuerzo nacional para desviarnos, en parte, de las rutas por las cuales la sociedad actual nos lleva.

Una cosa que tengo en mente al plantear esto es que la exigencia de novedad y de originalidad, de creatividad, no está tanto en que haya nuevos componentes en una propuesta popular y revolucionaria, sino en una organización de elementos, de aspiraciones, de fuerzas colectivas, de estilos de organización, de mecanismos de planificación económica, etc., en gran medida existentes. Creo que los ingredientes de la nueva sociedad están, y no hay que crearlos voluntaristamente, en una gran proporción. Creo que hay que organizarlos y combinarlos para hacer un menú relativamente propio. Para el Perú los elementos de una nueva sociedad tienen en gran medida como componentes aspiraciones populares, fuerzas organizativas, valores, modos de organización económica ya existentes en el mundo, por cuanto dado el atraso del cual partimos, una porción sustancial de lo que llamamos futuro ya existe impregnado en esas aspiraciones, etc., de la población. Lo que hace que nuestro

Javier Iguñiz



“Para el Perú los elementos de una nueva sociedad tienen en gran medida como componentes aspiraciones populares, fuerzas organizativas, valores, modos de organización económica, ya existentes en el mundo, por cuanto dado el atraso del cual partimos, una porción sustancial de lo que llamamos futuro ya existe, impregnado en esas aspiraciones de la población”

reto, en parte, sea poco pionero; es que no estamos en la frontera de una sociedad abriendo trocha, sino en un lugar de la sociedad mundial en el que el reto principal es colocarnos como pueblo y como país frente a exigencias a las cuales no tenemos todavía el lujo de aspirar, porque aún tenemos que enfrentar las de la más elemental sobrevivencia. La nueva sociedad no es, entonces, una sociedad que resuelva problemas humanamente inéditos, sino que, más bien, nos coloca en condiciones de enfrentar como pueblo problemas que ya se plantean en otras partes del planeta. Y esa es una situación que, al mismo tiempo hace urgente mejorar, dado el atraso, pero también innovar en ese mismo camino, para todo el conjunto de la sociedad. Pero siendo conscientes que un 90 o/o del esfuerzo consiste en alcanzar la historia contemporánea.

F. Moreno: Todos estamos de acuerdo en constatar una situación de crisis, pero

tal vez no en su interpretación. A mi modo de ver, la crisis no es sinónimo de decadencia ni de muerte, sino de cambio, en ella también hay algo que nace. Desde la experiencia en un barrio uno se encuentra con organizaciones, a veces atomizadas o insignificantes, incluso marginales a lo que puede ser el movimiento popular más organizado. Creo que ya hay, como decía Javier Iguñiz, un esbozo de esa nueva sociedad. El asunto no es ponernos, como Tomás Moro, a inventar o diseñar una utopía, en el mal sentido de la palabra, sino, más modestamente, entresacar de la vida y organización del pueblo, y también de la historia.

En el pueblo hay un deseo grande de ser personas. En clubes de madres, en asociaciones vecinales o en grupos más

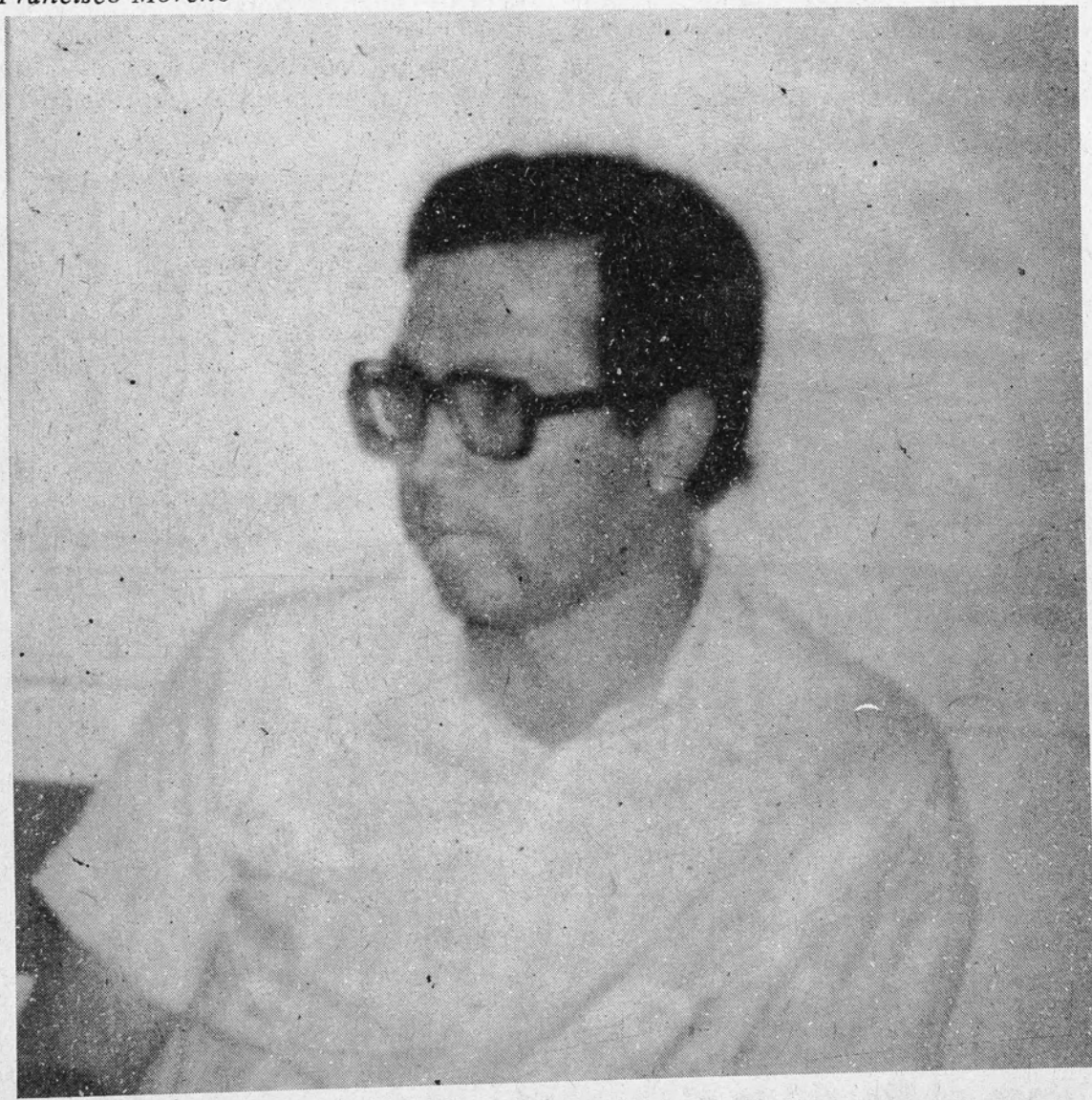
pequeños, la gente que se siente anónima, como un vulgar pasajero de microbús, cuando se le da una responsabilidad, responde, porque se le hace sentir persona, alguien valioso que puede aportar algo. Es así en el caso de los jóvenes. La gente mayor que no ha tenido la oportunidad de sentirse gestores de su propia historia y de la de su pueblo, cuando sienten que pueden colaborar, aunque sea a niveles muy pequeños, toman conciencia de que pueden responder a los retos de su pueblo: por ejemplo frente a los posibles desbordes del río Rímac, surge la idea de organizar una parrillada para enfrentar el problema, y eso les hace ver que ellos se pueden organizar. Es importante también el tener historia, sentirse parte de un pueblo que viene de antes y que por lo

tanto va más allá de la propia existencia individual; por eso tienen mucho valor los aspectos culturales: música, costumbres, religión, porque eso es lo que define la identidad de un pueblo. Para darle viabilidad a una alternativa socio-política es necesario tener en cuenta estos elementos de la identidad de un pueblo.

En esas experiencias van surgiendo nuevos valores: uno muy importante es la solidaridad que, aunque no se da de una manera limpia o químicamente pura, sí es asumida por la gente cuando siente que vale la pena hacer una cosa aunque no se saque un beneficio personal. La gente que se siente marginada o no contando para el proyecto que se lleva a cabo desde el estado, va asumiendo estas actitudes y rasgos de identidad, que son los que permiten, por ejemplo, a una comunidad tan asediada como Jicamarca, luchar y resistir.

Un valor muy importante es no sentirse avergonzados de ser pobres, y eso va surgiendo en sectores populares.

Francisco Moreno



“En el pueblo hay un deseo grande de ser personas. En clubes de madres, en asociaciones vecinales o en grupos más pequeños, la gente que se siente anónima, como un vulgar pasajero de microbús, cuando se le da una responsabilidad, responde, porque se le hace sentir persona, alguien valioso que puede aportar algo”

F. Alarco: Estoy de acuerdo con Alberto Flores sobre la necesidad de un enfoque histórico. Si parto de mi experiencia como psicoterapeuta, encuentro ciertas similitudes con el análisis de algunos rasgos de la sociedad. Por ejemplo, para nosotros es fundamental comprender el pasado. Tenemos que conocer el desarrollo del individuo dentro de un contexto determinado, al interior de una situación dada, con el objeto de formular un diagnóstico adecuado. No digo con esto que se requiera detenerse excesivamente en este período, sino en la medida que hay que modificarlo en los aspectos que han sido traumáticos para el individuo, como puede ser el caso, también, de aspectos traumáticos o conflictivos que existen en la sociedad actual. Y a partir de allí se hace un pronóstico tentativo. Ya que ese futuro es cambiante, no es factible señalar rutas exactas. Es necesario un proceso gradual de transformación de acuerdo a las circunstancias, mas no de manera inmediatista, sino teniendo un proyecto concreto y realista por delante. Muchas veces tenemos que guiarnos por elementos contradictorios y avanzar lentamente, para llegar quizá a un destino imprevisible. Esto lo digo para advertir que un proyecto a largo alcance tiene que ser visto críticamente.

A través del avance revolucionario, se deben modificar ciertos esquemas preestablecidos. En algunos procesos revolucionarios, se percibe que se han creado determinadas pautas, pero no se ha realizado una autocrítica correcta, con resultados lamentables, como lo observamos en los países del socialismo “realmente existente”. En la sociedad presente se encuentran, de otro lado, una serie d

normas establecidas, muchas de las cuales son contraproducentes, si no dañinas, para los individuos y la comunidad. Sin embargo, es preciso remarcar, y en este caso la reiteración es fundamental, que no todo lo antiguo es malo, ni todo lo nuevo bueno. Hay que extraer del pretérito, por lo tanto, aquello que es positivo para su desarrollo y rechazar aquello que perturbe a la población.

Existe un hecho, al mismo tiempo, que lo encuentro particularmente importante para modificar el estado actual de cosas. Me refiero al problema de la mujer, a la que la izquierda recién comienza a prestar atención. Se trata del 50 o/o de la población. Y se la está humillando y menospreciando, e incluso marginando de los procesos revolucionarios, lo que me parece sumamente grave. Entre los campesinos se advierte, por ejemplo, que el papel de las mujeres es preponderante en la toma de tierras, ellas son las primeras que salen a luchar, no obstante, después de obtener resultados favorables se las confina otra vez al hogar. En las comunidades campesinas, al menos a la que pertenezco, vemos el sojuzgamiento que sufre la mujer. Y somos conscientes que este es un punto que hay que encarar en el presente, y no sólo cuando la revolución "triunfe" en nuestro país. Desde ahora, pues, debemos combatir por un cambio de mentalidad de los dirigentes y de la vanguardia. Ya que no existe machismo únicamente en la familia, sino también en los partidos políticos, con serio detrimento para ellos, porque de esta forma se relega a un gran porcentaje de su potencial humano, que es escaso, a tareas totalmente subalternas: como mantener la infraestructura económica de la casa, o mecanógrafas o mensajeras. El revolucionario mantiene, por lo general, la actitud machista que ha aprendido desde la niñez y humilla a su compañera, incluso cuando ha alcanzado importantes papeles de liderazgo.

En resumen, al hablar de valores antiguos y valores nuevos, hay que considerar que dentro de los valores antiguos existen aspectos muy rescatables y entre los nuevos, a su vez, aspectos verdaderamente vergonzantes. Debemos comprender, eso sí, que este es un proceso paulatino con zigzags, vaivenes y retrocesos. Ya que la superestructura es sumamente pertinaz o petrificada y es muy difícil modificarla a pesar de que exista un proceso revolucionario en marcha.

R. Ames: Me parece que hay dos procesos simultáneamente en curso hoy en el país: un proceso que podríamos llamar más social, en el cual estos sectores populares, que antes estaban más en el Ande y están hoy proporcionalmente

“Al hablar de valores antiguos y valores nuevos hay que considerar que dentro de los valores antiguos hay cosas muy rescatables y entre los nuevos, cosas verdaderamente vergonzantes. Este es un proceso sumamente lento, como zigzags, vaivenes y retrocesos, ya que la estructura de valores es sumamente pertinaz y es muy difícil variarla a pesar de un proyecto revolucionario”



Francisco Alarco

más en la ciudad, en la costa, adquieren un rostro más preciso y son menos anónimos; en él es donde es posible rastrear esos nuevos valores a los que se refería Francisco Moreno y también preguntarse por cuánto de su vieja historia puede ser base para nuevos modelos y actitudes. Y simultáneamente hay un proceso político que, no solamente es a corto plazo, aunque por necesidad la política tiene una dimensión de corto plazo y se redefine cotidianamente; pero además la política decide también los largos plazos. Y creo que hoy está ocurriendo una cosa muy importante en el país y es que hay una fuerza social acumulada, que llamamos movimiento popular que está jugando, en un cierto sentido políticamente, en el corto plazo, pero que es producto vivo de ese conflictivo pasado histórico nuestro. Pueblo con identidad simultáneamente andina, colonial, criolla y pueblo que con sus nuevas actitu-

des y organizaciones propias comienza a estar en condiciones de jugar el largo plazo, también políticamente.

Tengo la impresión de que si ambos procesos, el social y el político, el de largo y el de corto plazo, no se articulan un poco más en nuestra discusión sobre elementos para una nueva sociedad, ella podría resultar un poco atemporal.

Estamos en un momento en el que las nuevas formas de conciencia y de organización que se han desarrollado —por ejemplo en la ciudad, en los Pueblos Jóvenes: las organizaciones de base; la consolidación de las organizaciones sindicales en una perspectiva de clase, la fuerza nueva que va tomando el movimiento campesino, incluso su posibilidad de gravitación nacional, como la que mostró el paro agrario— están permitiendo que el proyecto de una nueva sociedad pueda partir de elementos que el propio pueblo va señalando. Por

ejemplo, uno de los temas más manejados últimamente por la izquierda es la de los Frentes de Defensa, que surgen de una experiencia que tuvo mucho de espontánea.

Pregunto en qué medida este proceso de constitución de una fuerza que tiene una identidad común nueva, en el cual el pueblo se siente más actor reivindicando orientar el conjunto de la sociedad, necesita consolidar de una vez por todas su unidad interna, cuajar definitivamente en un colectivo social y político único y definido. ¿No es allí que el proyecto de una nueva sociedad está hoy jugándose, en la posibilidad de que sectores del pueblo se constituyan, en sus propios términos, protagonistas de la historia, lo que en esa escala sería algo nuevo desde la conquista? Me parece que esta necesidad de un colectivo común de unidad política, del llamado

suerte del proceso de largo alcance que se ha iniciado.

El proyecto de nueva sociedad se está jugando en el corto plazo en la medida en que se les pueda dar a esas organizaciones de base, a esas organizaciones campesinas y obreras, un sentido y una organización de colectividad única que sería lo que les permitiría objetivar el proceso de reconstrucción nacional que, en cierto sentido, ya están operando desde abajo.

Creo que en ese aspecto hay en el APRA de la primera época, elementos de referencia interesantes en cuanto se constituyó como fuerza que dio nueva y común identidad a grandes masas, más que en su forma interna de hacerlo; en el contenido de su programa.

R. Ames: A partir de esto quisiera hacer algunas anotaciones a lo discutido. Quisiera hacer dos observaciones a Javier Iguñiz. No estaría tan de acuerdo en

“El proyecto de nueva sociedad se está jugando en el corto plazo en la medida en que se les pueda dar a esas organizaciones de base, a esas organizaciones campesinas y obreras un sentido y una organización de colectividad única que sería lo que les permitiría objetivar el proceso de reconstrucción nacional que, en cierto sentido, ya están operando desde abajo”



Rolando Ames

decir que la nueva sociedad está ya hecha, aunque entiendo el sentido en que lo ha señalado. Pero me pregunto si justamente, lo más nuevo de todo no es cómo combinan esos elementos de modernidad en una nueva forma, adaptada a las necesidades, recursos y aspiraciones de este pueblo. Y así, aunque los elementos de la nueva sociedad estén dados, quizás en cuanto a tecnología o a ciertos bienes de consumo, la forma de articularlos, que puede tener un carácter humanizante, democrático, me parece absolutamente inédita. Siento que no hay revolución más inédita que la nicaragüense —creo que la revolución cubana tuvo, también, ese carácter inédito, pero tuvo que pagar un precio para poder sobrevivir. . . Problemas como la democracia y las raíces andinas que se le pudieran encontrar, son desafíos de una novedad radical, y no sólo para el Perú, son maneras de responder al problema del poder y la democracia, al problema de la relación dirigentes—dirigidos, que están hoy abiertos en la agenda mundial. Tengo la impresión, en primer lugar, de que lo nuevo está abierto en lo más cualitativo y quizá no en aspectos como utilización de la tecnología, cierta aspiración de bienestar, ya dadas y realizadas.

En segundo lugar le preguntaría a Javier Iguñiz, cuánto, desde el punto de vista de la economía, existe la posibilidad de tener recursos o de reasignar los recursos para hacer eso nuevo; si es posible sobrevivir en esta área del capitalismo mundial con autonomía, haciendo las reasignaciones radicales de recursos que supone un proceso revolucionario. Preguntaría por la existencia de recursos, pero sobre todo, por la capacidad nacional propia de operar el proceso productivo interno y de tener interrelación con la economía mundial, al mismo tiempo con autonomía. ¿Es eso factible?

También quisiera preguntar a Francisco Moreno y a Francisco Alarco, para un segundo momento del debate: Nuevas experiencias populares en las organizaciones de base o la presencia más protagónica de la mujer, ¿están hoy insertas en el proceso colectivo del movimiento popular? . . . o a través de qué medios promover su inserción, pues si no proceso social y proceso político pueden quedar muy superficialmente articulados. Y creo que estaríamos, en ese caso, cumpliendo un rol intelectual en un sentido nada gratificante, estar constatando que hay nuevos elementos interesantes en la realidad popular; al llamar la atención sobre ellos, pero sin opinar sobre la forma en que esos nuevos elementos se están articulando o no a esa fuerza histórico—política que es la única que los puede convertir en una unidad operante para la transformación nacional.